



*Sagrados Corazones*  
PROVINCIA DE ESPAÑA

ENRIQUETA AYMER  
Una mujer arraigada – una mujer de Dios  
Thérèse TREMBLAY, ss.cc.

Recopilación, redacción y traducción de textos: Joaquín Salinas, ssc

# Sumario

ENRIQUETA AYMER: una mujer arraigada – una mujer de Dios.....	3
ARRAIGADA EN DIOS.....	6
UN SENTIDO DE LO ESENCIAL QUE SE TRANSFORMA EN UN SENTIDO ESPIRITUAL MUY REFINADO.....	8
UN SENTIDO DE LOS OTROS QUE FLORECE EN UNA MISIÓN EXCEPCIONAL.....	13
CONCLUSIÓN.....	20

## ENRIQUETA AYMER Una mujer arraigada – una mujer de Dios

Thérèse TREMBLAY, ss.cc.

Los espacios diferentes, sencillo o doble, entre los párrafos normalmente cortos, se encuentran así en el texto original.  
Las notas están al final del documento.

Desde los comienzos de la Congregación, comenzando por Sor Gabriel de la Barre y el P. Hilarión Lucas, muchas personas han intentado decirnos quién era Enriqueta Aymer de la Chevalerie.

Por mi parte, en este año (1984) que marca el 150º aniversario de su muerte, quiero aportar mi contribución filial, e intentar ver, con mi sensibilidad de hoy, quién era de verdad esta mujer.

- ¿Qué visión de Dios tenía?
- ¿Qué misión de gracia estaba inscrita en el corazón de su ser?
- ¿Cómo su vida puede aún iluminar la nuestra y aportar respuestas a la religiosa de los Sagrados Corazones del porvenir, ante la crisis actual que sacude al mundo occidental, por no decir a la humanidad?

Vamos a contemplar a una mujer arraigada, a una mujer de Dios. Toda la historia nos la muestra caminando, es decir, en el lento y difícil tránsito de un arraigo humano a un arraigo evangélico radical.

Es bien conocida la historia de la Fundadora. Muchos de nosotros han visitado los lugares de su nacimiento y los que albergaron a la Congregación en sus orígenes.

Saint Georges de Noisé, Poitiers (a 50 Kms.), sitúan a la Fundadora en su ambiente de vida, en el alba de este vivir caminando que la conducirá a París. Octubre 1793, fecha de su encarcelamiento. Setiembre de 1794, la de su libertad. Navidad 1800, año de su consagración religiosa, la sitúan en el tiempo y marcan etapas importantes en su caminar humano y espiritual.

Antes de su encarcelamiento en las Hospitalarias, en octubre de 1793, ¿qué visión de la sociedad y de la Iglesia tenía? Nadie puede decirlo con exactitud, al haber sido tan reservada sobre los detalles de este periodo de su vida. Pero

algunos indicios existen, que nos permiten intentar dar una cierta respuesta a esta cuestión.

Enriqueta pertenecía a su tiempo. Hija de nobles, educada en una sociedad que privilegiaba los valores tradicionales de estabilidad y de economía, sin duda comulgaba con este tipo de sociedad. La monarquía, como forma de gobierno absoluto, las clases sociales muy cerradas, consecuencia de esta visión piramidal del mundo, el hecho religioso como fenómeno de cristiandad, - ¿no es Francia la hija primogénita de la Iglesia? - este modelo de sociedad, jamás lo cuestionó la joven, sin duda alguna, antes de la conmoción revolucionaria.

¿Significa esto que se encontraba ella totalmente a gusto en este estado de cosas? Parece que no, porque no le faltaba realismo y sabía tener los ojos abiertos. En una carta escrita el 16 de diciembre de 1823, en que se trataba de una fundación en su Poitou natal, escribía a Sor Gabriel:

“Me gustaría mucho ir a Chandeniérs...os aseguro que es un agujero que enterraría todo lo vital... además se necesitarían personas un tanto relevantes, porque ese pequeño lugar está rodeado quizás de más de 60 castillos, cuyos habitantes son, en general, poco ricos, estúpidos y llenos de orgullo; pero aún así muchos de los grandes granjeros o propietarios paisanos que se pelearían por un huevo, perderían una mercancía de 1500 francos por dos ochavos. Ya veis que no soy muy entusiasta de mi país”.<sup>1</sup>

A través de sus recuerdos aparece el juicio precoz que tuvo en tiempos pasados sobre una situación real que vio con lucidez. No estaba totalmente integrada en aquella sociedad de la que sin embargo provenía y en la que tenía sus raíces. Viviendo en aquel ambiente, sabe marcar distancias de criterio.

En ese mundo anterior a la Revolución que la envolvía, ¿cuál era la imagen de Dios que mantenía?. ¿Qué vida de fe era la suya, en ese Poitou en que la religión no planteaba cuestiones...? Un verdadero bosque de campanarios y de torres en flecha eran testigos de sus tradiciones religiosas”<sup>2</sup>... y que aún no se sentía perturbado por los signos precursores de una sacudida de fondo que se prepara? Aún así, pertenece a su tiempo. La teología de su época, llevada y traída por formadores más o menos abiertos y competentes, su permanencia como pensionista en el Monasterio de la Abadía de la Santa Cruz en Poitiers, la influencia familiar, la sociedad ambiental, debieron colorear su relación con Dios, sin reducirla sin embargo a una religión sociológica.

Si pudo, con su madre, dar asilo a un sacerdote refractario, a pesar de los peligros que por ello corrían, es porque su corazón estaba abierto. Puede concluirse que su fe era viva y activa, y mayor que la misma seguridad. Este gesto era la expresión de su fe y de un compromiso en una Iglesia y en una sociedad desequilibrada. Estas dos mujeres, ella y su madre, habrían podido, como tantos otros, desaprobador con el corazón la suerte de los sacerdotes sin que por eso llegaran a comprometerse hasta el punto de poner en peligro su vida. (N. T.: El sacerdote era el vicario de su pueblo).

La señorita Enriqueta, la muchacha frívola de la que los salones de la época habrían guardado su imagen, ¿era así en su interior? Este ambiente mundano y superficial en el que se movía y brillaba, no le satisfacía plenamente. En esto es elocuente el testimonio de Elena de la Barre que la conocía tan a fondo:

“Este mundo tan brillante en que estaba lanzada, escribe, no le agradaba. Tenía un alma grande y altiva, y despreciaba las puerilidades que ocupan a menudo a los mundanos. Un sano juicio, un discernimiento exquisito para apreciar a las personas en su justo valor, la situaban por encima del respeto humano y la mantenían fría y reservada con la mayor parte de las personas que componían la sociedad de su madre... Así pasó su primera juventud, en un torbellino de placeres que dejaban su corazón vacío; adquirió a sus expensas una experiencia de la que se ha servido a maravilla para gobernar a los otros”<sup>3</sup> No nos engañemos cuando Elena habla de torbellino de placeres en que Enriqueta esta inmersa. La necesidad de Dios, el sentido de la vida, la apertura a los otros, permanecían activas en el corazón de su ser y daban lugar a una vida subterránea, pero muy real. Cuando más tarde leemos sus escritos: “Temo que rechacéis al mundo, es decir, a vuestros padres, vuestras amigas, en fin todo cuanto puede cristianamente proporcionar satisfacción”<sup>4</sup>, se tiene la impresión de que habla de sí misma, de su vida de muchacha.

La vida interior de que habla la Srta de la Barre, deja presentir aspiraciones de fondo, que buscaban despuntar. Bajo la mundana de entonces se escondía realmente un terreno humano muy permeable, que permitirá a la pequeña semilla germinar allí, a la gracia de Dios trazar en ella su camino, e irrumpir en su vida.

La sociedad, sacudida en sus cimientos, cambió todos sus valores. Muchas gentes abandonaron sus convicciones religiosas, entre ellas los hombres de Iglesia, otras han dudado por largo tiempo antes de ver el camino a seguir. Enriqueta se mantuvo. No paralizada en sus comportamientos tradicionales, sino flexible y bien arraigada en valores fundamentales y expresándolos con comportamientos nuevos. La historia nos ha conservado el recuerdo del “rechazo inicial”<sup>5</sup> que recibió cuando pidió entrar en la Sociedad del Sagrado Corazón.

La experiencia del encarcelamiento, los largos meses de la reclusión, la vida de privaciones, la amenaza de muerte que pendía sobre su cabeza, la confesión que hizo con el Abate Soyer, todo eso la zarandeó. Escribiendo la Padre Coudrin en enero de 1803, dice: “Me sentía golpeada por los acontecimientos, pero no convertida”.<sup>6</sup>

¿Qué significa esta expresión en Enriqueta?. Con su penetrante inteligencia, no hay duda de que se cuestionó la escala de valores de la sociedad, de la clase social de la que formaba parte y también de los nuevos señores del momento. Ella percibió quizás las desigualdades y las discriminaciones sociales de entonces como antievangélicas. Al menos su comportamiento en la prisión, pasando del niño del carcelero a la prisionera venida a menos y rechazada, permite suponerlo. De cualquier modo los acontecimientos la cuestionan. Su corazón se abre a la angustia que la rodea y su fe se reaviva. Pero si esto la ha conmovido y sacudido, esto no la ha convertido, es decir, no ha operado ese viraje radical e incondicional que nunca desmentirá posteriormente.

¿Qué es lo que la ha permitido, en esas horas de incertidumbre, hacer emerger lo mejor que tenía en ella, ajustarse a los acontecimientos y a las llamadas interiores con agilidad y decisión? Una vez vuelta la paz, como tantos

otros ¿por qué no se volvió a las cebollas de Egipto? ¿Por qué se comprometió en un camino de heroicidades sin posible vuelta atrás? Solo una experiencia espiritual de una extraña intensidad, explica este caminar. Efectivamente, toda su vida se nos manifiesta como un antes y un después. "Estaba golpeada, pero no convertida".

## ARRAIGADA EN DIOS

Cuando el P. Coudrin le dio una hora de Adoración fue cuando se fijaría su destino: "Cuando se estableció la Adoración en el Molino (de Viento) y me disteis allí una hora, sin sospecharlo fijasteis mi destino"<sup>7</sup>. Nadie sabrá jamás lo que sucedió entonces, entre ella y Dios, pero el radicalismo de esta experiencia la cambiará para siempre. La irrupción de Dios tendrá tal influencia que creará dinamismos espirituales, un vigor sobrenatural, una capacidad de ascesis y de sacrificio que son el paño con que están hechos las fundadoras y los santos.

Nos choca constatar que esta gracia que fijó su destino y la lanzó a una aventura extraordinaria, fuera tan semejante a la que, en la Motte d' Usseau, hizo salir a Pedro Coudrin de su refugio y le comprometió sin miedo alguno en un ministerio en que su vida estuvo siempre en peligro y su cabeza puesta a precio. Para el uno como para la otra, con algunos años de intervalo, es en una adoración de la Eucaristía donde Dios les fue mostrando su voluntad. El joven sacerdote verá a esos hombres y a esas mujeres de quienes se convertirá en su Padre y la Congregación de la que será Fundador. Enriqueta recibirá en ella el sello de su destino. Se diría que una naturalidad de fondo, querida por Dios, les habría de unir. La Congregación futura será dada a luz al pie del sagrario por estos dos seres que Dios había unido en una vocación común.

Después de esta experiencia, Enriqueta entrará en un largo tiempo de soledad y de retiro, entregándose casi exclusivamente a la oración. Allí, durante largas horas de adoración ante el sacramento del Cuerpo de Cristo, Enriqueta contempla. Un impulso la empujaba hacia Aquel que la había convertido y la hablaba al corazón.

Ella no desvelará jamás el secreto del rey, pero se dejará transformar por Aquel a quien contempla. Una fuerza interior la atrae, y habla por experiencia cuando escribe a una superiora cuya comunidad debía entrar en retiro: "Vais, como toda vuestra casa, a entrar en el recogimiento y la soledad con un nuevo fervor y experimentareis, espero, que la voz de Dios, cuando habla, es más dulce, más suave, más consoladora que la de los hombres, por muy fuerte que griten y por muy bien que hablen"<sup>8</sup>.

Al Amor del Corazón de Jesús al que ha contemplado por tanto tiempo y cuya voz ha escuchado, responde con amor y permanece siempre en una actitud de obediencia que expresará este amor: "Si alguien me ama guardará mi palabra"<sup>9</sup>

Las mortificaciones extraordinarias a que se entrega durante toda su vida, pero sobretodo durante los primeros años después de su conversión, será siempre vividos en docilidad al Espíritu de Dios que la habita, y sancionados por la autoridad del Padre Coudrin, su guía espiritual. En un billete que le dirige, escribe: "He hecho voto de estar crucificada en todo, es decir que de corazón, de espíritu, de voluntad, de acción, debo aceptar todas las cruces, todos los sufrimientos, todas las contrariedades que se presentarán y decir: Más aún, Señor, de modo que una cosa indiferente en sí misma, si me contraría, no debo rehusarla" <sup>10</sup>

Gabriel de la Barre, en sus Memorias, nos dice hasta qué punto Enriqueta ha llevado la inmolación de su cuerpo y de su voluntad: "Camisa de crin, cilicio, disciplina sangrante, vigiliias, ayunos, etc., ni una sola parte de su cuerpo que no tuviera su parte y su suplicio; ningún instante del día o de la noche que no tuviera su dolor particular. Pasó todo un invierno sin tener, para cubrirse sobre su plancha de madera desnuda, mas que un trozo de lana muy fina... Enseguida renunció por completo a acostarse" <sup>11</sup>

A pesar de todo, se aprecia siempre el equilibrio en la Fundadora. Lo que se la pide no es el sacrificio por el sacrificio, sino la puesta de su voluntad entre las manos de Dios. En el billete citado, añade: "Me he comprometido también por este voto a no sentir placer en nada, es decir, que una cosa buena o mandada, debo hacerla, aunque encuentre en ella mi satisfacción" <sup>12</sup> Más adelante completa, revelando con ello que el buen sentido no perdía jamás sus derechos: "He tenido la intención y la atención de decir al Buen Dios que yo no respondo del primer movimiento de placer o de repugnancia" <sup>13</sup>

Esta pequeña frase sitúa la vida crucificada de Enriqueta en su verdadero contexto. Consciente de los sobresaltos de su sensibilidad de la que no se creía dueña, las mortificaciones que practicaba no provenían de un voluntarismo, pues de este modo habría bloqueado sus reacciones. Estas mortificaciones, eran efecto de la influencia de Dios, la respuesta purificadora a la invasión de su gracia, la obediencia a lo que percibía en la voluntad de Dios sobre ella. Su alegre simpatía natural garantizaba el origen sobrenatural del movimiento interior que empujaba a Enriqueta por el camino de la penitencia. Ella es también muy consciente de ello. Elena de la Barre cuenta: "La Madre Enriqueta ha preguntado al Señor por qué la había escogido a ella, a ella y al Sr. Coudrin, para esta obra en la que todo era sufrimiento, teniendo los caracteres tan alegres. Le ha respondido que sin ese fondo de carácter, no habrían aguantado y que lo que ellos hacían no era mas que algo natural" <sup>14</sup>

Por otro lado, en su correspondencia, llama la atención constatar la importancia que la Fundadora concede a la alegría y a la simpatía en la vida religiosa de los Sagrados Corazones: "... También, para su gusto, las jóvenes Hermanas jamás estaban bastante alegres" <sup>15</sup>, escribe la Hermana Florencia. La Hermana Catalina Astruc relata por su lado: "La Buena Madre no era severa mas que para ella misma; obraba siempre de modo que nos hiciera a todas lo más felices que le fuera posible". <sup>16</sup>

Esta era como una línea de conducta que inculcará más tarde a las responsables de la formación. Al P. Hilarión, inclinado a la severidad y a quien habían sido confiados dos jóvenes que se destinaban a la vida religiosa, le decía: "Acuérdese que para servir bien al Buen Dios, hay que ser un poco feliz".<sup>17</sup>

Por estos testimonios vemos dibujarse el temperamento espiritual de Enriqueta. Durante años en que "absorta en Dios, perdido el recuerdo de todas las cosas de la tierra"<sup>18</sup>, Dios, secretamente talla y prepara a la futura Fundadora. En esta mujer, humana y espiritualmente saturada, el sentido de lo esencial se convertirá en un sentido espiritual de una rara finura, y el sentido de los otros florecerá en una misión de una excepcional envergadura.

## UN SENTIDO DE LO ESENCIAL QUE SE TRANSFORMA EN UN SENTIDO ESPIRITUAL MUY REFINADO

Después de la experiencia transformante que inauguró su conversión radical, ¿quién era Dios para ella? Era un Dios cercano, con quien entraba directamente en relación en su oración contemplativa. Para ella, la mayor parte de los hombres, aún aquellos que le son muy adictos, no conocen a Dios. Su encuentro con Él consiste en "...una cierta combinación de oraciones y ejercicios espirituales en los que el corazón apenas tiene lugar".<sup>19</sup>

En esto, Enriqueta se asemeja a Teresa de Ávila, la gran Doctora de las Ciencias Espirituales, que habla "... de un intercambio íntimo de amistad en que se relacionan de tú a tú con ese Dios de quien se sabe amado"<sup>20</sup>. Y nuestra Fundadora añade: "sería necesario acostumbrarse a arrimar a Dios más cerca de sí mismo".<sup>21</sup>

Para ella, Dios era el Esposo, y la relación con él, una Alianza de Amor, en que el corazón lo abarca todo. El lenguaje de la época no utiliza esta formulación, pero la realidad sin embargo está allí, pero qué discretamente expresada. Ella escribe: "Más que nunca, entremos en el doloroso martirio que otorga la consolación de quienes siguen al Esposo".<sup>22</sup>

En la línea de la tradición espiritual de los grandes místicos, puede por su lado afirmar: "El Buen Dios llama a todos los hombres a la unión con Él, ya en esta vida".<sup>23</sup>

La Buena Madre habla por experiencia cuando escribe "ya en esta vida". Esta unión, por tanto, le ha sido concedida vivirla, no solo en esperanza sino en realidad. Ha gustado los suaves amores y los inevitables sufrimientos del Reino ya presente y aún por llegar. Es de ella misma de quien nos habla cuando nos invita, en esta frase de una sorprendente concentración, a entrar en este doloroso martirio que se convierte a la vez en su consolación.

No se puede expresar con más exactitud un estado interior tan poco conforme con nuestros esquemas humanos y sin embargo verificados tan a



menudo por tantos hombres y mujeres de Dios. La misma Elena de la Barre, tuvo esa experiencia y se confía a Enriqueta en una carta fechada el 3 de octubre de 1805: "Rezad, os lo suplico, por vuestra pobre vieja; se ha realizado un trastorno en mi alma que no concibo y que me inquieta, aunque permanezco tranquila como jamás lo he estado en mi vida".<sup>24</sup>

Pero esta gracia de unión a Dios no se desarrolla en las personas sin su cooperación activa, nos dice la Fundadora, siguiendo a santa Teresa, y hasta "...pocos llegan a ello, a causa de su poca fidelidad a la gracia, y se necesita muy poco para oponerse a esta unión".<sup>25</sup>

La Buena Madre no tenía básicos saberes en teología espiritual. En sus Memorias, Elena nos dice: "Había leído poco o nada, y desde su conversión había empleado una extrema reserva en el uso de libros de piedad".<sup>26</sup>

Pero un instinto espiritual, fruto sin duda de su experiencia, guiaba a la Fundadora en su caminar interior y en la formación de las Hermanas. En esto abundan los textos. Están sembrados aquí y por allá en las cartas en las que se trata de negocios y de problemas de toda clase. Se siente tanto más su exactitud por cuanto brotan espontáneamente, sin preparación como sin larga explicación. Por ejemplo: "No la gustaba encontrar en las novicias esta devoción exterior que se aferra con fuerza a ciertas prácticas y que descuidan lo esencial"<sup>27</sup>. Siempre en la misma línea, en 1821 escribe a Sor Elena: "Me parece que son muy fervientes y muy gruñonas en vuestra casa. Aquí somos atolondradas, ligeras, no multiplicamos las prácticas de devoción, pero tenemos buena pasta, trabajamos mucho y no nos querellamos"<sup>28</sup>.

Para la Fundadora se revela la auténtica piedad en los frutos de caridad, de apertura y de sencillez. Ya tenía esta certeza en 1802. "...sobretudo temed a las devotas"<sup>29</sup>, escribe a Elena, superiora de Poitiers y responsable de la Formación.

Enriqueta que se había encontrado sola en su prisión, sin apoyo de ninguna clase, había hecho la experiencia de que en los momentos de crisis, se necesita algo más que una simple devoción exterior para mantenerse firme. Más tarde, en la Sociedad del Sagrado Corazón se había codeado con falsas devotas, comprendida entre ellas la célebre señorita de tal aspecto místico que hasta engañó al Padre Coudrin y le valió a Enriqueta ser tachada de celosa y verse privada del privilegio de la comunión diaria.

La historia es bien conocida. Muestra la perspicacia espiritual de la Buena Madre. Iluminada desde el interior, sabía reconocer la verdadera piedad, arraigada en Dios, desarrollándose en sencilla alegría y en caridad fraterna.

Los tiempos eran inciertos. Se vivía en la clandestinidad, nos dice el P. Juan Vicente. Era necesaria la solidez interior, un sentido de Dios muy fuerte, para mantenerse y enfrentarse a las necesidades. Y eso es a lo que tendía en su formación. Una vez más, Elena escribe en sus Memorias: "Poco preocupada de una regularidad exterior metódica, que las circunstancias volvían imposible, es sobre el fondo, sobre el interior, donde trabajaba., no

pretendiendo adornar el edificio antes de haber abierto bien los fundamentos. Cuando ellas –las Hermanas – lo llenaban de docilidad y de abandono, las formaba en una manera de obrar con fortaleza y despegadas de todas las pequeñas miserias que oscurecen a menudo la virtud de las mujeres”<sup>30</sup>.

Tenía, nos dice la Hermana Hortensia, que cita al P. Hilarión: “... esta devoción esclarecida que allanaba los obstáculos y hacía ligero el peso de las prácticas religiosas que tantas otras vuelven repelentes”<sup>31</sup>.

Fue en la escuela del Corazón de Jesús donde aprendió que su yugo es suave y su carga ligera.

Fiel a sí misma hasta el fin, vivía verdaderamente lo que enseñaba. El P. Hilarión, citando a Sta Radegunda, escribía: “Era necesario conocerla particularmente para apreciar todo su mérito. No poseía esa devoción exterior que se nota en otras personas piadosas”<sup>32</sup>.

Guiada por Dios, iba derecha a lo esencial. Este instinto espiritual que tratamos de cribar en Henriqueta, lo vemos en el hecho de la admisión al noviciado de una joven, sobre la que la Buena Madre dudaba en recibir por su juventud.

La insistencia de la aspirante y la de su maestra no conseguían doblar a la Fundadora que la preguntó - estamos en 1830, en tiempos difíciles – qué haría ella si llegara una Revolución como la de 1793. Y la misma Hermana lo cuenta: “Buen Madre, la respondí, me siento muy débil, pero sé que el Buen Dios da la gracia cuando se tiene necesidad de ella. Esta respuesta la decidió en mi favor y tuve la felicidad de escucharla decir en un tono de total bondad: Os admito”<sup>33</sup>.

La perspicacia espiritual de la Fundadora y su gran conocimiento del corazón humano se emplean a fondo en esta intervención. La respuesta toda humilde de la joven, que a pesar de su juventud, tenía bastante sentido de su fragilidad para no hacer promesas inconsideradas, pero sabía poder contar con la gracia del Señor, aboga en su favor y atrae la adhesión de Henriqueta.

Siempre en esta línea, leemos de la pluma de otra Hermana: “Algunas veces la habíamos oído decir, hablando de las jóvenes Hermanas muy fervientes, que temía por ellas más que por las menos exactas, porque siendo tan jóvenes, podía temerse que no pudiesen sostenerse en ese fervor... y que sin embargo era necesario avanzar siempre”<sup>34</sup>.

Enriqueta sabía por instinto y por experiencia que el sí a Dios en la consagración religiosa, jamás se dice una sola vez por todas. En su pedagogía, Dios respeta las leyes del caminar, no violenta la naturaleza.

Cuando la experiencia interior de Dios es débil, un germen todavía, al comienzo de una vida espiritual, le es fácil a la persona atraída por la devoción, tomar sus quereres o deseos por quereres de Dios, falseando así toda relación con Él y toda la vida de observancias.

Esta trampa que acecha a la novicia en los caminos espirituales, Enriqueta ya la conocía. Sabía por experiencia que la prueba, comprendida la prueba del tiempo, purifica y hace crecer, pero que para muchos es también una piedra de tropiezo.

El acompañamiento espiritual del Fundador, el manejo de la Regla de San Benito que habla de la vida religiosa como de una "escuela del Servicio del Señor", sin duda confirmaron las intuiciones interiores de Enriqueta.

De ordinario la vemos discernir con un raro acierto los estados interiores de sus hijas y dar el consejo apropiado, adaptado a la persona y respetándola. Escribía un día a Sor Justina Charret, la impetuosa Justina, toda de una pieza y que a menudo se enfrentaba a la Buena Madre: "Me gusta veros un poco descorazonada según el Buen Dios, eso os hará bien"<sup>35</sup>.

Conocía bien a su querida Justina y añade: "Cuando se está a los pies del Señor, una se cree dispuesta a sufrirlo todo... pero cuando se presenta la ocasión, una se encuentra débil, y es una gracia que el Buen Dios nos hace de probarnos hasta sentir lo que somos"<sup>36</sup>.

"Una se siente débil y es una gracia" y esta gracia se la había dado Dios a Enriqueta. El conocimiento de su fragilidad, la conciencia de la grandeza de Dios cavaron en ella una profunda humildad. La tradición nos ha conservado testimonios emocionantes de su humildad.

Su humildad era primero la discreción. Conocemos qué cuidado se tomó, desde su entrada en la Asociación, en ocultarse, o al menos pasar desapercibida. Más tarde, después de haberse despojado de su patrimonio para comprar la que sería la Grand' Maison, "nadie supo que a su despojo absoluto es al que se debía la casa donde se quería establecer la Congregación"<sup>37</sup>.

Ella, a quien se debía el tener un alojamiento, ocultó su magnanimidad y pediría vivir en esa casa admitida por caridad [N.T. no tenía dinero para pagar la cuota mensual]

Pero su humildad va más lejos y aún nos parece desconcertante. Algunos miembros de la Congregación, más próximos de la Fundadora, estaban al corriente de los favores extraordinarios con que Dios la gratificaba y esto atraía a la vez su respeto y su admiración. Para evitar todo movimiento interior de autosatisfacción hizo una noche, ante estos Hermanos y Hermanas "... una confesión general de todo lo que más se reprochaba en su vida"<sup>38</sup>.

Su humildad no era sin embargo ni alienación ni debilidad. Era una actitud teologal que se alía con la fuerza de carácter y la franqueza en el hablar, tan característico de su personalidad.

Aún atemperada por un corazón bueno y una visión sobrenatural de las cosas, su franqueza natural, coloreada por un gran sentido del humor, siempre picaba. Al final de una carta de negocios enviada a Justina en marzo de 1821, añade: "Necesito deciros aún que leáis las Constituciones, porque verdaderamente estoy persuadida de que las habéis convertido en un viejo manuscrito ante el que pasáis sin atención"<sup>39</sup>.

Le gustaba siempre la buena educación y la belleza. A sor Francisca, en octubre de 1821, la escribe: "Una cosa que os llamará la atención, es que la Srta Belleza se ha vuelto muy alegre; estaréis de acuerdo en que ha sido necesario darle un buen lavado"<sup>40</sup>.

Este aspecto de su personalidad, Enriqueta lo conocía bien. Pero admite que lo lamenta, sabe que no la abandonará jamás. Humildemente lo reconoce. A uno le sienta bien leérselo escrito: "Saben que las quiero preciosas, no he cambiado nada, desgraciadamente. El zorro muere dentro de su piel"<sup>41</sup>.

Su franqueza natural proviene a menudo de la vivacidad. Siempre a Justina, con quien podía permitírselo, la escribe: "Tendréis vuestros libros pronto. Aún siento un poco en el corazón que el año pasado, haciéndolo como mejor pude, me respondisteis que eran muy caros. No os he robado algo sin que no os lo haya dicho"<sup>42</sup>.

Estos momentos de vivacidad se le escapan, por eso no los dejará pasar sin volver a la carga y excusarse. En un día que Sor Antonieta contravino sus órdenes, la Buena Madre, el 25 de febrero de 1824, escribe a Elena, metiéndola también a ella en el asunto: "Nada se ha hecho como yo quería... Al recibir vuestra carta le he escrito a Sor Antonieta con tinta gorda. No me he tomado el tiempo para reflexionar, por lo que estoy muy enfadada, porque esto le causará pena"<sup>43</sup>.

Como se ve, siempre recta y humilde, Enriqueta no niega sus culpas y el 6 de marzo siguiente, en una larga carta a Antonieta, leemos: "Estoy bien acongojada de haberos contristado. Habría puesto más delicadeza si hubiera reflexionado"<sup>44</sup>. Sabe también aceptar una observación y reconocerla justa. A la misma Antonieta a quien temía haberla herido, le escribe en 1826: "Encuentro, mi querida Antonieta, que tomáis las cosas con demasiada gravedad. Jamás me he enfadado por una observación que era justa, por tanto os prometo hacer las cosas de manera más conveniente otra vez"<sup>45</sup>. Su humildad florece en la sencillez. Siempre lúcida sobre sí misma, aclara con toda sencillez que no puede dirigirse a una Hermana para ponerla al corriente de ciertas cosas. Y añade: "...es para mí de esas cosas, en relación con ciertas personas, que no puedo emprender"<sup>46</sup>.

Más adelante, hablando de otra Hermana, leemos esta frase tan llena de sentido y que señala como un fracaso para la Fundadora: "... ella no ha estado jamás a gusto conmigo"<sup>47</sup>.

En 1818, el 25 de octubre, a Elena que le había hablado de una persona sobre la que fundaba una cierta esperanza, le escribe: "Conozco al padre de la Señora Turquost, era un viva la Virgen que pasaba por hombre honesto... me había dado soberbios ramos de flores en mi juventud, debe de estar ya bien "viejo"<sup>48</sup>.

Necesitaba tener Enriqueta una sencillez muy evangélica y una gran libertad interior para ser capaz de recordar de este modo, con toda humildad, su vida mundana anterior.

Todas estas citas nos revelan la psicología humana y espiritual de Enriqueta. Aún en el ambiente de una vida en que la preocupación del mañana se vivía a diario, siempre lúcida y verdadera, no perdía jamás el sentido de Dios. El instinto espiritual que se le había concedido retomaba siempre sus derechos.

La formación que impartía a las Hermanas estuvo siempre coloreado de realismo y de comprensión.

Centrada en lo esencial, sencilla y humilde, vivió fielmente, a su propia manera, con sus límites y riquezas, un raro sentido de la pedagogía de Dios en el caminar espiritual.

## UN SENTIDO DE LOS OTROS QUE FLORECE EN UNA MISIÓN EXCEPCIONAL

La experiencia espiritual, propiamente inexpresable, que transforma y hará ensancharse su rica personalidad, llevaba también en ella una gracia de fecundidad.

Esta gracia será la misión de Iglesia que el Señor le confiará, que Él habrá preparado largamente y que le pedirá que la viva, como Él, con Él y en Él, hasta el final de sí misma.

La acción de Dios, cuando transforma las personas, orienta sus fuerzas vivas, en el sentido de la misión inscrita en el corazón del ser.

La misma Enriqueta tenía conciencia bien clara de que el don de la contemplación y el "carisma profético"<sup>49</sup> recibido de Dios, del que habla el P. Juan Vicente, no le había sido dado para ella misma, sino para que poniendo por obra su misión de gracia y viviéndola a fondo, venga más el Reino de Dios en el mundo. Efectivamente, de los dones de Dios, Enriqueta "creía firmemente que Dios no los otorgaba sino para los otros"<sup>50</sup>.

Durante sus adoraciones silenciosas, entraba profundamente en los sentimientos interiores de Cristo Jesús y, en esta fuente, había contemplado "los pensamientos de su corazón: librar de la muerte a quienes esperan en su Amor, guardarles en vida en los días de hambre"<sup>51</sup>.

Enriqueta se había impregnado largamente de la misión de salvación de Jesús, que vino a hacer de nosotros Hijos y Hermanos, revelándonos el amor del Padre. La historia de su vida, su encuentro con Pedro Coudrin, la misma gracia fundadora que les llenaba, revelan la tonalidad particular que tomará sobre ella el plan de Dios sobre la humanidad.

En la celda de su prisión, nos dice Elena de la Barre, se puso a reflexionar sobre su pasado y su alma recta comprendió la lección de los acontecimientos adorando "...los decretos de la Providencia que le parecían justos"<sup>52</sup>.

En su alrededor, la miseria física y moral había alcanzado proporciones gigantescas. A ejemplo del Maestro que se reveló a ella a través de su Corazón Misericordioso, "... la primera virtud que practicó entonces fue una confianza sin límites en la misericordia del Señor"<sup>53</sup>.

Y en la misma línea, Elena de la Barre relata que al comienzo de su conversión "... una sola oración le bastaba: permaneció durante un año entero sin tener otra que la de María Magdalena a los pies de Jesús"<sup>54</sup>.

No conocemos cuál fue la oración de Magdalena salvada por la intervención de Jesús, tan lleno de ternura, de misericordia y de comprensión. Pero podemos intentar representarnos con Enriqueta la adoración silenciosa desbordante de acción de gracias y de ofrenda de la pecadora arrepentida. La futura Fundadora recibió la gracia de contemplar el Amor de Dios bajo su nombre de misericordia. Para ella se resume en eso el designio de salvación de Dios.

Habiendo entrado por esta puerta en el misterio interior del Hijo Bienamado del Padre, Enriqueta salió de allí a su vez, si es que salió de allí, abrasada, ofrecida y abandonada.

El fuego del Amor transformando su corazón, lo abrió a los otros con la misma actitud de bondad y de misericordia.

Lo que había contemplado en el Corazón de Jesús, eso era lo que pedía que se viviera, esa era la misión de gracia depositada en lo más profundo de su ser, que los acontecimientos revelaron, como nos lo muestra su apertura de corazón en la prisión, y que la acción de Dios hará desarrollarse hasta llamarla a convertirse, nos dice de nuevo Elena, en "...la Fundadora de una Orden dedicada a su Corazón"<sup>55</sup>.

Y la buena Helene añade: "Dios la había hablado demasiado claramente para que ella pudiera dudar de su misión"<sup>56</sup>.

Desde entonces, toda abrasada del Amor de Dios, un celo ardiente la consumirá su vida entera. El profeta Elías había experimentado este celo por la salvación de su pueblo y en una situación extrañamente similar: "Ardo con un celo celoso por Jahvé... porque los hijos de Israel te han abandonado, han demolido tus altares y matado a tus profetas"<sup>57</sup>.

Y Santa Teresa de Ávila será colmada de él: "No puedo ver perderse tantas almas sin que mi corazón se me parta de dolor"<sup>58</sup>.

Este mismo celo, también consumirá a Enriqueta. Es Justina Charret quien nos dice: "...nada podía calmar el celo de nuestra santa Madre"<sup>59</sup>.

Efectivamente, desde los comienzos, el 19 de julio de 1802, cuando la Congregación naciente estaba reducida al mínimo, la vemos partir hacia Mende para unirse al Fundador.

La historia nos ha relatado las justas reticencias del Buen Padre que ya se encontraba en Mende y que veía como ninguno las dificultades de la empresa. Necesitaba la Fundadora un coraje extraordinario y una profunda certeza interior sobre la voluntad de Dios, para lanzarse a pesar de todo, vencer los obstáculos en su camino de itinerante de Dios y partir.

Sin embargo, su celo desbordante estaba siempre acompañado de realismo y de sentido práctico, subraya Elena, añadiendo: "... su previsión no sufría apresuramientos. Sumisa a los decretos de la Providencia, haciendo en todo

momento el sacrificio de sus propios intereses y viviendo en la más perfecta abnegación, los acontecimientos podían molestarla y hacerla sufrir, pero jamás turbarla<sup>60</sup>.

El celo que la animaba la mantenía siempre abierta a los otros, a pesar de los sufrimientos de su corazón. Profundamente encariñada con las Hermanas de Poitiers, herida en su sensibilidad al dejarlas con tan pocos medios "no pudo impedir estarse toda la noche fundiéndose en lágrimas"<sup>61</sup>, y, delicada atención, se tomó tiempo para escribir algunas líneas a cada una de las que se quedaron.

Esta partida marcará para Enriqueta una serie de otras, vividas también en condiciones peligrosas, precarias y difíciles.

Dócil a más no poder, partirá cada vez que la voluntad de Dios se vaya manifestando claramente, y Dios sabe si los viajes no le fueron ahorrados.

La Obra de Dios, como gustaban llamar a la Congregación en estos comienzos, ocupaba todas sus energías, y Enriqueta movilizaba en su realización las energías intelectuales y espirituales de su persona.

Este celo, deseando con toda su alma verle abrasar el corazón de sus hijas, se mantenía siempre iluminado por la facultad de discernimiento que la caracterizaba. En un billete sin duda de finales de 1802, relativo al P. Isidoro, superior de Poitiers, escribe: "... tomarán vino en todas las comidas.. El superior debe velar de que sea bueno, pero nada de vino extranjero. Se permitirá al superior tenerlo, lo mismo que licores para algunos que estén enfermos. Rehusar todo a la sensualidad, a la molicie, al abandono, pero conceder todo a la necesidad. Seguirá este principio para el alimento de carne"<sup>62</sup>.

Este principio, como ella dice, guiará a la Fundadora a todo lo largo de su vida. La vida de austeridad, el trabajo apostólico, las privaciones inherentes a la situación del país, debilitan la salud y diezman la comunidad. Las recomendaciones que abundan en su pluma, no eran superfluas. "Cuidad de toda vuestra gente, preocupése mucho de usted"<sup>63</sup>. "Hay que cuidar de los débiles, tenéis muchos de ellos"<sup>64</sup>, etc. etc.

Con su franqueza de palabra, llega hasta a añadir, escribiendo a Ludovina en 1809 y hablando de una tal Hermana Marta: "Estoy bien a gusto de que vaya mejor. Me admira que no quieran que se la obligue a tomar precauciones. Sería deseable que todas las tomaran, más estando buenas que no cuando están enfermas"<sup>65</sup>.

El discernimiento que acompañaba su celo va más lejos. En 1803, empujada por este celo, envía a Elena dos jóvenes muchachas de Mende, tomando buen cuidado de añadir: "Sor Rosalía tiene una salud delicada. Necesitará muchos alivios. En resumen, poned atención en que no están acostumbradas a una vida tan austera; que por otra parte los guisados de nuestro país no se

parecen en nada a los de aquí. Se acostumbrarán poco a poco, pero os suplico que pongáis muchos cuidados, atended a que coman bien, hagáis que les den sobretodo durante algunos días, cosas que ellas puedan tomar. En fin, son como pobres peces fuera del agua a los que no podréis acostumbrar mas que poniendo en ello mucha atención<sup>66</sup>.

“Acordad todo a la necesidad”, dice, pero las necesidades de las personas son también de orden afectivo y la Fundadora no lo ignora. En julio de 1810, escribiendo a Elena y hablando de una Hermana donada, escribe: “Creo que haréis bien tomando (como pensionista) a la pequeña pariente de nuestra amiga, la Sra. Boissière, uno se debe a los suyos ante todo<sup>67</sup>.”

Las realidades afectivas que respeta tanto en las otras, la Fundadora las tiene en cuenta también para ella misma. Basta recorrer sus cartas para descubrir su gran delicadeza de corazón. En 1826, escribe a Sor Antonieta: “Adiós, mi amable Hermana, mi corazón salta de gozo pensando que os veré pronto. Soy vieja y triste, pero os quiero mucho<sup>68</sup>.”

Cuanto más avanza el paso del tiempo, más libremente expresa los sentimientos de su corazón. Así: “... Jamás he estado tan afectuosa exteriormente con las personas que amo<sup>69</sup>”, escribe en 1823 a Elena, su grande, su sola amiga, con la que podrá siempre expansionar la ternura de su corazón. “Adiós mi pobre vieja., ámeme siempre. Mi corazón se entristece. Ya se está pasando el tiempo de acabar<sup>70</sup>.”

La amistad de Elena por ella, la Buena Madre la sabe indefectible: “No hay otra mas que vos en el mundo que tengáis un poco de amistad conmigo y a quien yo pueda hablar con el corazón abierto. Ha habido que hacer de nuevo este sacrificio (de un viaje a Poitiers)<sup>71</sup>.”

Habría tanto que decir sobre la amistad que unía a estas dos mujeres, igualmente prendadas del Amor del Corazón de Jesús y a las que abrasaba un mismo celo por la Obra de Dios.

Este celo que impregnaba toda su persona, abriéndola hasta el fondo, la empujaba a tomar los medios concretos para que la Obra de Dios, la Congregación, produjese frutos y fuese eficaz.

En el trabajo de la educación confiado a sus hijas, había comprendido la necesidad de dar a los jóvenes una formación sólida. Escribe a Elena en 1810, hablando de una niña que la envía: “Os ruego como gracia, que se la enseñe a leer, escribir y contar... Sea dicho de paso, no me parece que pongáis bastante cuidado en esto. No os enfadéis con mi reflexión<sup>72</sup>.”

Ella misma siente que le atañe esta responsabilidad. El 6 de octubre de 1813, escribe a Sor Adelaida: “Vuestras dos jóvenes han llegado... Voy a tratar de hacerles aprender la gramática y la historia. Estoy preocupada de no haber puesto suficiente celo en esto, y siento por ello desagrado<sup>73</sup>.”

Abierta a las realidades del mundo en que ella vive, había comprendido la necesidad de ser competente en el trabajo apostólico. Hija de su tiempo, no irá muy lejos, pero el principio ahí está y ensayará inculcarlo a sus hijas..Hablando de una Hermana destinada a la enseñanza, escribe: “Luisa no sabe nada de gramática. Me enfada mucho que nuestras pequeñas y nuestras



mayores no tengan otras maestras... No hay modo de hacer el bien sino sabiendo las cosas de primera necesidad"<sup>74</sup>.

Ella misma da ejemplo y pone el precio. Hablando de la madre de una Hermana, el 14 de noviembre de 1818, escribe al P. Hipólito: "... he de felicitarme de tener a su hija primogénita, que une a las virtudes de su estado, talentos agradables y esenciales para un pensionado. Hay que decir que la ha proporcionado maestros y que los ha aprovechado"<sup>75</sup>.

Si embargo, por muy atenta que esté a la educación de las jóvenes del pensionado, su celo la llevaba prioritariamente hacia los pobres, hacia la escuela gratuita. No es necesario ofrecer muchos ejemplos, abundan y son bien conocidos. "En la fundación de Laval la Madre Enriqueta adoptó doce niñas pobres, estaban alojadas en ella, alimentadas, cuidadas, y más tarde, se les proporcionó colocación. Otras llegaron a ocupar su lugar"<sup>76</sup>.

En 1806, la casa de París aún no tenía escuela. La Fundadora escribe: "...no recibiré pensionistas antes de que la escuela de pobres sea abierta. Esta debe siempre contar con el primer lugar"<sup>77</sup>.

Pero su celo no se limitaba a los niños de la escuela gratuita, se ocupaba también de sus padres, "No se puede imaginar, escribía una Hermana, con qué celo se ocupa de todos estos desgraciados padres de los niños de la escuela gratuita"<sup>78</sup>.

Se preocupaba por las miserias morales de estas pobres gentes a menudo divorciadas o viviendo sin matrimonio civil. Recomendaba a las Hermanas desanimadas por la ignorancia y los modales toscos de estas pobres gentes, que les dieran conocimientos religiosos rudimentarios necesarios, con que pudiesen descubrir la salvación de Dios. La que a menudo decía: "... el Corazón de Jesús está abierto a todos los corazones"<sup>79</sup>, vivía esta apertura a todos, a todo sufrimiento y a toda miseria, de la naturaleza que fuera. Había contemplado demasiado la inconmensurable dimensión del Corazón de Jesús para restringir y circunscribir su celo apostólico. Su acción bienhechora era universal porque era la participación en la obra de salvación de Dios.

Esta intensa actividad apostólica era en ella el fruto de una docilidad permanente a la voluntad de Dios y esta docilidad se llamaba en ella abandono.

Abandonada, Enriqueta lo fue hasta el fondo. Hasta es en ella el abandono una de las características de su fisonomía espiritual. Escribe en 1804 a Elena: "¿Qué puedo decir? Mi pobre corazón está triste... no soy capaz de un Fiat no sentido, que me hace sufrir demasiado para que pueda apoyarme en él"<sup>80</sup>. El abandono era en ella una confianza absoluta en Dios. "Vivimos en un tiempo bien desgraciado, pero si Dios está por nosotros, ¿quién estará contra nosotros?"<sup>81</sup> escribe a Francisca Viart en 1825, cuando el porvenir pesa sobre la Congregación.

Este abandono, tan revelador de la gracia de Dios, nunca fue dimisión o fatalismo. Siempre se nota en Enriqueta una actitud de confianza y de esperanza, hasta en el momento en que se la siente humanamente descorazonada. "...adiós, os abrazo desde lo mejor de mi corazón. Querría

pasaros al vuestro las consolaciones que proporcionan la resignación y la esperanza. Jamás cesemos de tener la confianza de que un día mejor nos ha sido prometido, aún en este mundo”<sup>82</sup>.

Habla desde la experiencia cuando dice: “El abandono absoluto a Dios es el más corto camino para llegar a la perfección”<sup>83</sup>.

Su abandono, era una ofrenda interior permanente, a ejemplo del Maestro. Su corazón ha bebido en el costado abierto del Corazón de Jesús, y de Él ha escuchado su primera palabra al entrar en este mundo: “... tú me has preparado un cuerpo... He aquí que vengo, oh Dios, para hacer Tu voluntad.”<sup>84</sup>

La misma actitud fundamental de ofrenda llenaba totalmente a Enriqueta Como Teresa ofreciéndose por la salvación de los infieles, la Fundadora escribe: “Le he pedido que me envíe todas las penas, todos los sufrimientos de ciertas personas... He ofrecido mi vida, mi misma condenación eterna, por su salvación eterna y por la de todos. En fin, he tenido la osadía, a pesar de mi indignidad, de ofrecerme como víctima por todos”<sup>85</sup>.

Ahí está la actitud que expresa el mejor interior de la Fundadora: “Me he ofrecido”. “Heme aquí, Dios mío”, revela ciertamente lo más profundo del corazón de Enriqueta en su relación con Dios y la fidelidad a la misión recibida de Él. A una joven que quería entrar con nosotros, le dirá: “Pues qué hay de difícil, solo se necesita decir: Dios mío, heme aquí”<sup>86</sup>.

Ella nos enseña, dice Sor Eufremia en su testimonio: “...ir derecha a Dios y ponernos en sus manos diciéndole esta sola palabra tan llena de sentido: Dios mío, heme aquí”<sup>87</sup>.

En el Diario de la enfermedad de la Buena Madre, Sor Eusebia, citada por el P. Hilarión, es aún más explícita. Aún con peligro de repetirnos, no puede una resistirse a citar esta texto, de tal modo nos parece que tocamos aquí en lo más fundamental de la fisonomía espiritual de nuestra Fundadora:

“Ella se había ofrecido (al Buen Dios) para que la golpeara por todas nosotras y le habría dicho: “Dios mío, heme aquí. Vos sabéis que esta era su oración predilecta. Nos la recomendaba a todas. Nos decía que era la única oración, pues todas las otras se reducen a ella y que después de todo cuanto se ha podido decir, es necesario volver a ella. Esta eran sus propias palabras”<sup>88</sup>.

Esta actitud interior de Enriqueta se aproxima a la de Jesús en su ofrenda al Padre por los hombres. Es la suya en la Eucaristía, que funda la Iglesia y salva al mundo.

La fecundidad de la vida de la Buena Madre, hunde sus raíces en la conformidad con Jesús en el acto mismo de su Sacrificio. La Fundadora, que nos ha legado una tan gran devoción a la Eucaristía, hasta el punto de querer hacer de sus Hijas Adoratrices Perpetuas “en espíritu y en verdad”<sup>89</sup>, reunía por toda su vida lo esencia al del Misterio Cristiano.

Ahora nos podemos preguntar hasta dónde llegó en ella este abandono incondicional a Dios. La hemos visto, empujada por la certeza interior de estar cumpliendo la voluntad de Dios, darse a una vida de contemplación y de mortificaciones muy poco imitables.

La hemos visto comprometiéndose en un camino alfombrado de trampas, de inquietudes, de molestias de toda clase, recorriendo Francia para sembrar y consolidar sus fundaciones. Dios lo quería y esto producía en ella un querer indomable.

Combatió de todas las maneras por la "Obra de Dios": La Congregación a la que adoraba con todas las fibras de su persona. No se puede dudar de ello, toda su vida lo testimonia.

Y sin embargo, Enriqueta deberá también abandonar la obra de su vida, si esa es la voluntad de Dios. Cuando la situación política se volvía más y más difícil y la amenaza de supresión de la Congregación por los poderes civiles parecía inminente, Enriqueta sufrió, aceptó y permaneció de pie. Una carta, escrita al Buen Padre el 31 de enero 1822 lo testimonia: "Nuestros asuntos se embrollan más y más... se temen órdenes siniestras contra nosotros...La Señora de Vibraye... hace cuanto puede por desviar los golpes. En fin, yo la he dicho: "Señora, lo que Dios guarda esta bien guardado, hemos atravesado todos los gobiernos, el Buen Dios sin duda nos quería, si ya no nos quiere que se haga su voluntad... En estas estoy"<sup>90</sup>.

¿Qué nivel de abandono había alcanzado Enriqueta para haber llegado ahí, como ella dice? Veía amenazado de hundirse el trabajo de toda una vida. Habiendo activado todas las influencias posibles, no podía hacer ya nada más. Impotente ante la catástrofe inminente, se abandona a Dios sin recriminación ni amargura y su fe no vacila. Ofrece a Dios, en un sacrificio supremo, la obra de su vida.

Uno permanece silencioso y maravillado a la vez, ante una tal respuesta. Enriqueta, como un Ignacio de Loyola, en una situación semejante, adora y dice su Fiat.

No era la Congregación lo que Dios quería, sino la voluntad de Enriqueta. Como los santos, hasta en estas profundidades es donde ella ha vivido el anonadamiento de sí misma. Su fuerza interior era Dios en ella y no el trabajo que ella había realizado por Él.

Pero Dios, ¿fue más lejos todavía con ella? ¿Hasta dónde ella ha vivido la conformidad con Jesús cuyo amor por el Padre y sus hermanos llegará hasta la Cruz?

En esto no se puede mas que balbucir y con sus contemporáneos presentir las últimas exigencias del Amor de Dios con ella.

Parece que durante los últimos años de su vida, inmóvil y paralizada, vivió hasta el fondo del amor inmolado, comulgando con el estado de víctima de Jesús.

Un texto del P. Hilarión, citando a Sor Eusebia, ilumina un poco nuestra curiosidad amante, de las hijas de la Buena Madre:

"Jamás se la oía quejarse de sus sufrimientos sino de lo que no podía hacer. Por eso cuando se le hablaba de su estado, no decía: desde que estoy enferma, sino solamente: desde que estoy allí"<sup>91</sup>.

Las personas que estuvieron más próximas durante su larga enfermedad presintieron el estado interior de la Fundadora. En verdad les impresionó, pues de otro modo no tendríamos este testimonio.

María estaba allí, al pie de la Cruz, nos dice la Escritura. Enriqueta, también ella, estaba allí, viviendo en ese estado la oblación de todo su ser. Parece que le fueron rehusadas las consolaciones exteriores. Su larga impotencia fue para ella como una agonía bien penosa de vivir, y que ella asocia sin duda al patíbulo de la Cruz, ya que ella emplea esa palabra. Decía a una Hermana, en el Diario citado antes: "...tener un brazo que no se puede mover, un pie que tampoco vale para nada, permanecer en el patíbulo toda la vida, realmente es muy terrible"<sup>92</sup>.

Cristo en la agonía dice al Padre, ente sus hermanos: "Aparta de mí esta copa, que no se haga mi voluntad, sino la tuya"<sup>93</sup>.

Del mismo modo Enriqueta expresará el sufrimiento de su estado. Qué bien nos sienta, a pesar del total abandono al que la gracia la ha conducido, verla tan humanamente verdadera.

¡Qué lejos quedan las consolaciones interiores, los impulsos místicos de los comienzos de su conversión! Pero se aproxima el encuentro definitivo y el ramo de flores que le ha sido presentado la espera.

Así se termina el caminar de Enriqueta. Esta mujer arraigada en su tiempo y en su ambiente, convertida por una gracia de misericordia, celadora infatigable del Amor, abandonada hasta el fondo, se convertirá finalmente más y más conforme a Aquel que es su modelo hasta en su vida crucificada. Entonces podrá recibir la corona de gloria preparada para aquellos que, sabiéndose amados, han amado a su vez hasta el fin

## CONCLUSIÓN

Llegados al término de la exploración de la acción de Dios en el alma de Enriqueta, por el hecho mismo se descubre la actualidad de su mensaje para sus Hijas, herederas de la misma misión fundamental. A buen seguro, no podremos vivirla con una mentalidad de fundadoras, pero nos piden el mismo caminar y las mismas actitudes interiores.

Los tiempos actuales son difíciles. El mundo entero vive una crisis comparable a la que inauguró la Revolución francesa. Los valores tradicionales son cuestionados: la familia ha estallado, la noción de fidelidad en la duración cede el puesto a un deseo de goces desenfrenados e inmediatos, la esperanza se ha ido del corazón del hombre, una desesperación profunda invade a la juventud sin porvenir y sin modelo, porque ha perdido la confianza en sus mayores.

La Iglesia, en este mundo en mutación, se busca, duda, y muy a menudo sus hijos se dejan arrastrar por compromisos peligrosos. La misma vida religiosa ha sido alcanzada por este estado de hecho. Los jóvenes, hasta aquellos que formamos nosotros, no vienen a engrosar las filas de los Sagrados Corazones. El envejecimiento de nuestros efectivos nos afecta

con dureza, nuestras comunidades se despueblan. El paisaje es sombrío y el porvenir está amenazado. Como Enriqueta, estamos acorralados a un abandono incondicional.

El último Capítulo General, en sus directrices, ha puesto el acento en lo esencial:

- la experiencia de Dios
- la vida fraternal
- la misión apostólica.

Al hacer esto, se sitúa en línea recta con el pensamiento de la Fundadora. Como decía el Buen Padre, ha terminado el tiempo de "endulzarse" y de "mimarse" el espíritu<sup>94</sup>.

La vida de Enriqueta nos enseña que en periodo de crisis hay que atenerse a lo necesario, el arraigarse en Dios y abandonarse. Como ella, tenemos que vivir eso en el hoy, pero como ella también, en la alegría y la confianza de que vendrán días mejores para nosotros. Y si esos días no llegan, Dios está siempre allí, Él no nos faltará..

Y si era nuestra voluntad lo que Dios quería...

Entonces estamos invitados a remangarnos, a cambiar de proyecto, y a lanzarnos, lúcidos y sólidos en nuestra fe, a la aventura del abandono incondicional a Dios, como Enriqueta que, la primera, ha ido por delante por este camino y nos invita a la confianza.

Estos no son deseos piadosos que ella nos formula, sino una línea de conducta que nos traza cuando escribe: "Quisiera trasladar a vuestro corazón todas las consolaciones que proporcionan la resignación y la esperanza; no cesemos jamás de tener la confianza de que se nos ha prometido un día mejor, ya en este mundo"<sup>95</sup>.

Thérèse TREMBLAY, ss.cc.  
6 de Junio de 2001

1. Lettres de la Bonne Mère, tomo IV, pg.61
2. González Carrera Juan Vicente. "El P. Coudrin, la M. Aymer y su Comunidad", p.1 y 2.
3. Mémoires de Mme de la Barre, policopiado, pg. 1.
4. Pensées de la Bonne Mere, N° 5, pg.14.
5. González Carrera. libro citado, p. 1 y 22.
6. Id., tomo III, pg. 45.
7. Id., tomo III, pg. 45.
8. Pensées de la B.M., n°127, p. 37.
9. Juan 14,23.
10. Pensées de la B.M., Billets, p.6.
11. Mémoires de Mme de la Barre, policopiado, pg. 11.
12. Pensées de la B.M., Billets. p.6.
13. Id. Pg. 7.
14. Lucas Hilarión. Vie des Fondateurs. tome 1. page 304.
15. Id., tomo VII, pg. 88.
16. Astruc Catherine, Bonne Mere, Témoignage des Soeurs, p. 60.
17. Lucas Hilarión, libro citado, p. 353.
18. Mémoires de Mme de la Barre, policopiado, pg. 5
19. Pensées de la B.M. N° 50, p. 20
20. Vie, ch.VIII, p.82, citado por P. M. Eugène de l'E., o.c.d. dans "Je veux voir Dieu" pg. 57.
21. Pensées de la B.M. N°50, p.20.
22. Op. citado, N° 83, p.26.
23. Op. citado, N° 89, p.20.
24. De la Barre Hélène, Correspondance Bonne Mere et Sr Gabriel, p.100.
25. Pensées de la B.M. N° 49, p.20.
26. Mém. Mme de la Barre, p. 14.
27. Lucas, Fond. tomo VIII, p. 123.
28. Lettres B.M., tomo III, p. 167.
29. Lucas, Fond. tomo VIII. p. 124.
30. Mém. Mme de la Barre. p. 37-38.
31. Lucas, Fond. tomo IV, p. 214-215
32. Lucas, Fond. tomo VII, p. 115.
33. Lucas, Fond. tomo VIII bis, p. 34.
34. B.M. Témoignage Soeurs, p. 195.
35. Lettres B.M., tomo IV, p. 228.
36. Lettres B.M., tomo IV. p. 228.
37. Mém. Mme de la Barre, p. 7.
38. Mém. Mme de la Barre, p. 12.
39. Lettres B.M., tomo III, p. 28.
40. Lettres B.M., tomo III. p. 176.
41. Lettres B.M.. tomo IV, p. 87.
42. Lettres B.M., tomo III, p. 146.
43. Lettres B.M., tomo IV, p. 73.
44. Lettres B.M., tomo IV, p. 76.
45. Lettres B.M., tomo IV. P. 158.
46. Lettres B.M., tomo IV, p. 1.
47. Lettres B.M., tomo IV, p. 168.
48. Lettres B.M., tomo II. p. 101.
49. González, op. cit. tomo II, p. 8.
50. Mém. Mme de la Barre, p. 13.
51. Messe du Sacré-Coeur, ant. ouv.
52. Mém. Mme de la Barre, p. 2.
53. Mém. Mme de la Barre, p. 2.
54. Mém. Mme de la Barre. p. 5.
55. Mém. Mme de la Barre. p. 10.
56. Mém. Mme de la Barre, p. 9.
57. Premier liv des Rois, 19.9
58. Ste.Thérèse d'Avila:Chemin de la Perfection, ch.1, P.585,dans
59. B.M. Témoignage Soeurs, p.125
60. B.M. Tém. Soeurs, p.16-17
61. B.M. Tém. Soeurs, p.17
62. Letters B.M.,billet n° 47
63. Corresp. B.M. et Sr Gabriel á Hélène, p.85
64. Lucas, op. cite, tome IV, p.284
65. Lettres B.M., tome 2, p.76
66. Lettres B.M., tome 1, p.253
67. Lettres B.M., tome II
68. Lettres B.M., tome IV, p.168
69. Lettres B.M., tome IV, p. 29
70. Corresp. B.M. et Sr Henr p.10
71. Lettres B.M., tome III, p.206
72. Lettres B.M., tome II, p.90
73. Lettres B.M., tome II, p.130
74. Lettres B.M., tome II, p.161
75. Lettres B.M., tome II, p. 161
76. Mém. Sr Justine Charret, p. 33
77. Mém. Sr. Justine Charret, p. 43
78. B.M. Témoignage Soeurs, p. 11
79. Lucas, op. Cit..tome VII, p.155
80. Corresp. B.M. et Sr Gabriel, p.54
81. Lettres B.M., tome IV, p. 145
82. Corresp. B.M. et Sr Gabriel, p.54
83. Pensées de la B.M.. n° 33, p.18
84. Hébreux, 10, 5-7
85. Pensées de la B.M., billets, p.6
86. Lucas, op. Cit., tome IV, p.288
87. B.M. Témoignage Soeurs, p.18
88. Lucas, Vie des Fond., tome IV, p. 38.Journal maladie B.M.
89. Lettres B.M. tomo IV, p. 145.
90. Corresp. B.M. et Sr Gabriel, p. 54
91. Pensées de la B.M.. N° 33, p. 18.
92. Hebreos 10,5-7.
93. Pensées de la B.M., billets, p. 6.
94. Lucas, op. cit., tomo IV, p. 288.
95. B.M. Témoignage Soeurs, p. 18.
96. Lucas, Vie des Fond., tomo IV, p. 38.
97. Journal de la B.M.
98. Lettres B.M., tomo I, p. 154.
99. Lettres B.M., tomo III, p. 189.
100. Lucas, Vie Fond., tomo VI, p. 33.<sup>96</sup>
101. Lucas, Vie Fond., tomo VI, p. 33.
102. Lucas 22, 46.
103. Lettres du Bon Père, tomo I.
104. Pensées de la B.M., N° 14, p. 15